

The background of the entire cover is a mosaic of irregular, polygonal tiles in various shades of brown, tan, and beige. In the center of the mosaic, there is a faint, stylized figure of a person, possibly a saint or a religious figure, rendered in lighter tones. The figure appears to be standing and holding a staff or a similar object. The mosaic pattern is dense and covers the entire surface.

De Molfetta a La Asunción

Reminiscencias de Domingo Gadaleta

Luis A. Hernández G.

Luis Andrés Hernández G.

DE MOLFETTA A LA ASUNCION,
ISLA DE MARGARITA
Reminiscencias de Domingo Gadaleta
(Segunda Edición)

La Asunción, Edo Nueva Esparta VENEZUELA

Copyright Year: 2006

© 2006 by Luis A. Hernández. All rights reserved.

CONTENIDO

A manera de prefacio
Nota para la segunda edición

I

De la “Terra de Bari...”
Reminiscencias de la Tierra Madre
Sus viejos
La escuela
Ya casi un hombre... ¡Y todavía peón!
Servicio militar frustrado
De nuevo en la miseria
¡Conseguí trabajo!
Crisis política y apertura de un horizonte...
Amor (¿y destino?)
Preparativos de viaje
El viaje

II

En Venezuela
Las primeras experiencias
Un trabajo en la Universidad Central de Venezuela, Caracas
Tierra adentro...
A la Isla de Margarita... Sólo por unos meses...
La Virgen me tendió su mano
Papá viene a Margarita
Trabajar y casarme: Hacerme un hombre...
Domingo Gadaletta: un albañil “de verdad”
Entre las dificultades, ¡encontré novia!
Nos casamos, pero el destino nos impuso salir de Porlamar
Dos problemas más... ¡de tránsito!
Cuatro viajes a Molfetta

III

Mi Balance y Deuda con Margarita
“Hijo Adoptivo de La Asunción”

IV

Molfetta y Venezuela de entonces

A MANERA DE PREFACIO

Siento profunda admiración por aquellos seres humanos que se dedican con toda su pasión al trabajo. Sobre todo cuando el fruto del mismo cumple una labor social. Y más aún, cuando conservan un espíritu de humildad y superación, aunados a un deseo inmanente de servir. Son los hacedores de por vida. Son hombres que dejan huellas: Son los forjadores del legado cultural de los pueblos. Sean ellos científicos, humanistas, artesanos u obreros. Por eso veo en Domingo Gadaleta, ese hombrecito chillón inquieto y exigente, a un gigante del trabajo, un obrero que a punta de juntar ladrillos bien pegados nos ha construido, a más de un mil seiscientas familias de Margarita, las casas que albergan nuestros hogares... Y cuando Domingo aparta los instrumentos de trabajo para la conversación con el amigo, se nos presenta como el mismo ser humildísimo, bonachón, pacífico, que salió casi un niño de Molfetta, Italia.

Con la sagrada misión —auto-impuesta por la dignidad aprendida en el hogar— de llegar ser “un hombre”, Domingo sale de su pueblo en busca de horizontes, obligado por las circunstancias de una época en que la Patria se disponía a recobrar fuerzas para levantarse de una dramática caída.

Domingo llega a Venezuela y el destino lo trae a Margarita. Aquí construye ese horizonte: Aquí se hace el hombre. Lo logra aupado por un pueblo generoso que le ofreció la oportunidad de realizarse, y que después de probarlo —¡muy bien probado!— en muchos años de observación, lo nombre oficialmente “Hijo Adoptivo de La Asunción.”

No puedo decir que éste haya sido un libro escrito por mí. Domingo me ha llevado de la mano. Es un conversador excelente y su vida una cornucopia de ricos contenidos. Este libro no es sino una pequeñísima parte de lo que tiene que contar. Por ello luce incompleto... ¡Son tantas las vivencias...! Y es mi responsabilidad, —no la suya,— todo lo omitido. A fin de cuentas, la vida de un hombre como Domingo es siempre incompleta, pues está en un constante devenir...

Con excepción de una corta introducción, para ubicar al lector en el tiempo y en el espacio, y una breve nota de cierre, ¡tendrá la palabra Domingo! Compartamos con él estas reminiscencias...

L.A.H.G.

El Palosano, La Asunción febrero de 1990.

Nota para la Segunda Edición

En 1986, Domingo Gadaleta, persona por quien siento un gran aprecio, fue nombrado “Hijo Adoptivo de La Asunción”. Me sentí en la obligación moral de contar a mis alumnos del Núcleo de Nueva Esparta de la Universidad de Oriente, a los jóvenes margariteños y a los nuevos residentes de esta bella isla quién era esta persona de nacionalidad italiana a quien el Concejo Municipal del para entonces Distrito Arismendi había distinguido con tal alta distinción.

Lo que sabía de Domingo más las notas de mi conversación con él se convirtieron en un material para hacer una breve crónica de su extraordinaria vida. Esas notas fueron publicadas en 1990 costeada en su totalidad por el editor, Sr. Raimundo Mata, gran amigo mío y de Domingo. Fue una publicación privada, para ser repartida gratuitamente entre mis alumnos, los allegados, y los amigos de Domingo, tanto aquí como en Italia. En esa edición sólo el nombre de Domingo y el mío identificaban el trabajo.

Para sorpresa mía, en un viaje de visita a mi hijo Luis Ramón en Bloomington, Indiana, Estados Unidos, él me dijo que él había prestado su copia a varios latinoamericanos y estadounidenses lectores en español, y todos coincidían en que el libro debía volver a publicarse formalmente y darlo a conocer por Internet, por la calidad del contenido del relato, común a la historia desconocida de una inmensa cantidad de inmigrantes europeos que fueron a parar a Venezuela y a otros países y que no la compartieron porque creían que no era de interés para nadie lo sufrido y lo vivido. Y que este relato de la persona concreta de Domingo Gadaleta lucía, no como una fantasía, sino como un testimonio real y constatable.

Mi hijo y sus amigos me impusieron un reto. Adaptar el texto para un lector de hoy, pero alterando lo menos posible el mismo, y entregarle el trabajo antes de mi regreso a Venezuela! Han pasado más de dos décadas desde la primera publicación. Y no cuento con Domingo al lado para la tarea de la actualización.

He hecho lo posible por cumplir transcribiendo de nuevo el texto en la computadora. Espero que la iniciativa tomada por mi hijo y sus amigos haga llevar mis intenciones iniciales de publicar las notas a nuevos lectores que seguramente no conocerán a Margarita ni tendrán una vivencia de la calidad del personaje. Si tienen éxito en la comprobación de la hipótesis de que aún para ellos tendrá interés yo me alegraré muchísimo. No tanto para la satisfacción personal, sino por Domingo, su gesta y porque será un testimonio de la calidad humana del pueblo de Margarita.

Bloomington, Ind. U.S.A. verano de 2006.

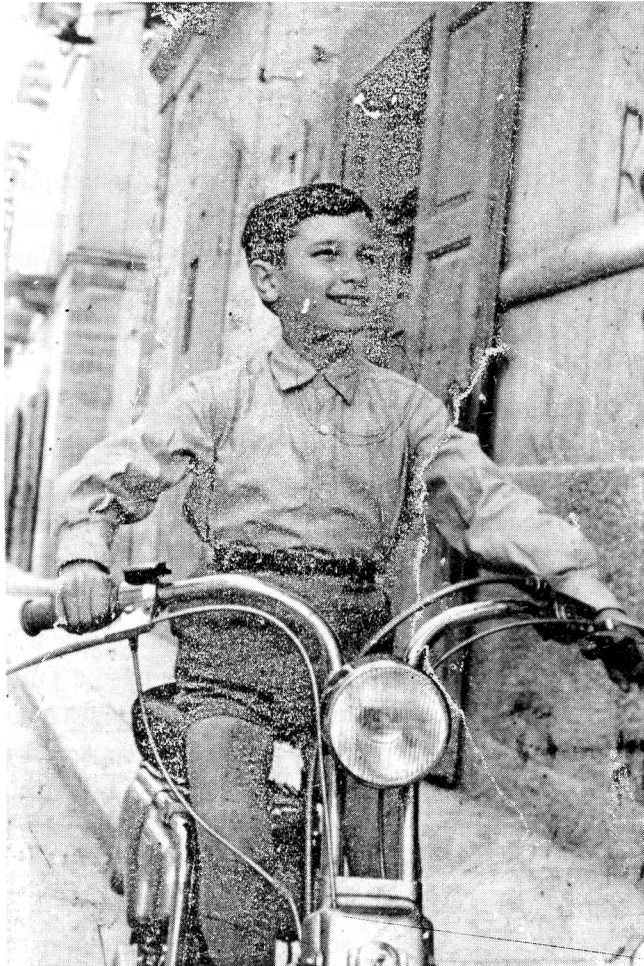
I

DE LA “TERRA DE BARI...”

Del pequeño pueblo de Molfetta, Provincia de Bari, región de la Abulia italiana, nos llegó Domenico Gadaleta, rebautizado entre nosotros como Domingo Gadaleta: Un hombre que, como albañil y como persona, se ganará la confianza, el cariño y el respeto de toda la Isla de Margarita, Venezuela.

Molfetta queda a pocos kilómetros de la antigua ciudad de Bari. Podemos concebir su ubicación en lo que pudiéramos llamar la base del talón de Aquiles de la bota italiana, en el sureste de ese país. Molfeta, como Bari, son puertos del Mar Adriático. Son tierras milenarias. Para el año 1500 antes de Cristo pudieron haber estado habitadas, según dice la historia. Fueron gobernadas por godos, lombardos y bizantinos. Formaron parte del reino de Bizancio en el año 885. Fueron territorio capturado por los normandos en 1071, bajo el mando de Roberto Guiscard. Desde esas playas, Pedro el Ermitaño arengó la Primera Cruzada en 1096, y del puerto de Bari salieron las nobles fuerzas religiosas a recuperar el símbolo sagrado y castigar a los sacrílegos. Fueron tierras tomadas por Guillermo el Malo de Sicilia en 1156, alcanzando más tarde gran esplendor bajo el emperador Federico II, entre los años 1220 a 1250. En el siglo XIV eran parte del gobierno de la familia Sforza y en 1558 del Reino de Nápoles. Se integraron al reino de Italia en 1860. Sin embargo, Molfetta fue siempre un pueblo apacible, poblado de gente trabajadora, ¡...como La Asunción”!, nos cuenta Domingo.

El niño Domenico nació el 10 de agosto de 1924. Es hijo de Pantaleo Gadeleta y de Gulia Fornari de Gadaleta. Es el segundo de cuatro hermanos: Margherita, la mayor, y le siguen Antonia, Magdalena y Pantaleo...



“Hice realidad mis sueños de niño... no llegué a ser arquitecto, pero me siento realizado cuando construyo una casa...”

REMINISCENCIAS DE LA TIERRA MADRE

Sus viejos

--Papá fue un luchador incansable. Tenía un gran espíritu de trabajo, de decisión, gran fuerza de voluntad y una condición de contestatario en una época en que las circunstancias no lo permitían. Por ello, la suerte no siempre estuvo a su lado. Muchas veces tuvo que pagar muy caro sus opiniones, decisiones y rebeldía.

También fue albañil, pero su especialidad era la de “escarpelito”, como le decían allá. Este oficio consistía en tallar en piedra cornisas, bloques y otras partes de la construcción. Papá no quería que yo fuera albañil. Cuando en una de sus grandes ausencias me hice ayudante de albañil le causé un gran disgusto y desaliento.

Papá viajó muchísimo. Me contaban mis abuelos que a los 14 años se fue a Rumania en busca de trabajo. De allí pasó a Turquía y luego a Rusia. En este país lo sorprendió la Primera Guerra Mundial. La embajada de Italia en Rusia lo traslada a su país para enrolarlo en la Marina de Guerra italiana (1915). Sirvió 5 años en la Marina. Al terminar su servicio militar en 1919 partió hacia Francia en busca de trabajo. Un año más tarde regresó a Italia y se casó con mamá. Pero, de nuevo, se presentaba la necesidad de trabajar y en Italia no había trabajo. Decidió irse a Argentina, solo. Imagínese la angustia que pudo haber en mi familia, porque los italianos que viajaban a Argentina, por lo regular no regresaban. Sin embargo, papá estuvo trabajando en ese país por un período de seis años, y regresaba cada dos años. Por eso, vine conociendo a mi papá cuando ya tenía cuatro años (1928).

Estando en Argentina, el partido fascista italiano trató de enrolarlo en sus filas y papá se negó. No pasó mayor cosa porque estaba en un país extranjero. Pero la última vez que vino a Italia no pudo regresar a Argentina, porque el gobierno italiano le quitó el pasaporte, como retaliación. Al no poder salir, no poder trabajar porque era perseguido, la economía de la casa se iba empobreciendo. Cuando llegó el año 1935 mi papá no podía más. Se vio obligado a adherirse al partido fascista. Aún recuerdo que, por orden de Mussolini, había que darle al gobierno de Italia los anillos de oro de todas las madres italianas. Tuvo hasta que dar mi anillo de confirmación. Se convirtió papá en miliciano fascista uniformado. Recuerdo que hacía guardias en una torre de mi pueblo, y que a veces ponía su arma a un lado. A mí me parecía el uniforme muy ridículo, y yo le decía, ¡papá te pareces a un espantapájaros!” A papá no le gustaba aquello, ¡pero había que comer! Más tarde le devolvieron su pasaporte...

En la invasión de Italia a Abisinia (hoy Etiopía, al noreste de África) papá se fue allá para trabajar como albañil. ¡Quedamos otra vez solos...

La Escuela

--Para 1933 yo asistía a la escuela primaria. Mi madre me había inscrito en la Escuela “Alexandro Manzoni”, un edificio de tres pisos. De esa escuela recuerdo que cuando estaba en tercer año vino la orden de carnetizarse como “joven fascista”. El carnet costaba 5 liras, costo que para mamá era un sacrificio (la lira tenía para ese entonces un alto valor adquisitivo). El maestro, que era muy fascista, consideró aquello como un rechazo al partido. A esto se sumaba mi desinterés por los desfiles y por todas esas ceremonias políticas de entonces. Por todo ello fui castigado con la pérdida del tercer año. Cuando lo repetí tuve la suerte de que me tocó un maestro de apellido Cafarelli, esposo de la que había sido mi maestra en primer y segundo grados. El me tomó mucho cariño, pues su hijo era amigo mío. Hasta llegué a ir a su casa muchas veces. Cuando terminé el quinto grado este maestro insistía en hablar con mi representante. Le dije que mi papá estaba en África y que mi mamá no podía venir porque siempre estaba muy ocupada. Tanto fue su insistencia que mamá tuvo que ir a la escuela. El maestro Cafarelli le recomendó que no me pusieran a trabajar (el estudiante pobre, al salir del quinto año, tenía que retirarse de la escuela y buscar trabajo), y que hicieran todo el empeño de ponerme a estudiar.

Esta decisión era un verdadero conflicto para mamá. La idea que yo siguiera estudiando era muy buena, pero... ¡había tanta necesidad! Ya ella había preparado el terreno para que yo empezara a tener un medio de vida. Con el doble propósito de evitar que yo me la pasara en la calle jugando fútbol (que a ella le daba mucha mortificación porque uno estaba propenso a romper una ventana, y allí se armaba el gran lío con los vecinos), y para que yo aprendiera un arte, me mandaba casa de un barbero llamado Giusepe de Feo, para que me enseñara el oficio. Este señor me tomó mucho cariño y aprendí bastante con él.

Con muchos sacrificios mamá me inscribió en la Escuela Náutica de Molfetta. Imagínese que me tenía que comprar tres uniformes. Uno para andar en la calle. Otro para el trabajo —las clases era prácticas y uno se ensuciaba muchísimo—y el uniforme de gala. Estos uniformes le costaron a mamá ¡70 liras! Era mucho dinero para ella.

Estuve en la escuela desde el año 1936 a 1937. Recuerdo que allá me sentía muy feliz. Estaba haciendo lo que yo quería: ¡estudiar para ser alguien! Además, en mis ratos libres dibujaba y pintaba.

Cuado cursaba el segundo trimestre del segundo año, mamá me tuvo que sacar de la escuela. Había necesidad de ayudar a papá, pues lo que él ganaba no era suficiente para el sustento de la familia. Como se puede usted imaginar, me sentí muy frustrado. No quería salir a la calle. Me sentía muy malhumorado e indignado. Decidí, en mi interior, rebelarme contra todo aquello.

Ya casi un hombre... ¡Y todavía peón!

-Papá regresó de África. Como un gesto, para sorprenderlo e impresionarlo, lo afeité. Al terminar me dijo: “Tienes una mano liviana, pero tienes que aprender más. Hay que buscar un mejor maestro”. Él consideraba que el Sr. Giuseppe no era un buen barbero. En mi interior sentí una gran indignación. En primer lugar, había lazos de afecto entre mi maestro y yo. Y por otra parte, ¡a fin de cuentas, ya a mí no me estaba gustando ser barbero! Era que yo estaba enamorado de una muchacha del pueblo y ella me decía que no le gustaba que yo me hiciera barbero...

Papá se fue a Egipto, y busqué trabajo como aprendiz de ayudante de albañilería. Era el año 1937 y ya yo tenía trece años. Lo poco que ganaba tenía que dárselo a mamá. El afecto y la necesidad me hicieron frecuentar al Sr. Giuseppe. En los ratos libres que me dejaba mi trabajo de peón iba y lo ayudaba. El me pagaba algo, ¡y eso sí lo ponía en mi bolsillo!

Cumplí 17 años y llegó el momento en que tomé conciencia de mi edad y que todavía era peón... Decidí hablar con el maestro de obra, el Sr. Giovanni Abbatista y le dije que me pagara lo que me merecía, pero que me enseñara el oficio de albañil. Me sometió a un interrogatorio que me puso muy mal. Me preguntó que quién era mi papá, que si no me daba vergüenza que a esa edad no tuviera un oficio, y cosas por el estilo. Pero aceptó. Yo estaba muy contento porque tenía el anhelo de ser alguien. Cuando tenía un año de aprendiz me aventuré a pedirle aumento al maestro, pues consideraba que había aprendido lo suficiente como para no ser ya un simple peón. El Sr. Abbatista se negó a darme el aumento, pues decía que él me estaba enseñando. Sin embargo me hizo una proposición. Que buscara trabajo en otra parte y que regresara a los seis meses. Si él consideraba que yo me merecía el aumento, él me lo daría... Acepté el reto. Me consideraba con suficientes conocimientos. Pero sufrí una gran desilusión. Las cosas no resultaron como yo creía. ¡Aún tenía mucho que aprender!

Llegó el año 1939. Se prendió el fuego de la guerra. La guerra de Alemania contra Polonia influyó negativamente en mi aprendizaje. Los trabajos disminuyeron y quedé cesante. Italia entró en la guerra y había que llevar dinero a casa. Tuve que hacer de todo. Por ejemplo, trabajé como cargador de piedras en un horno de cal. Por intermedio de unas amistades conseguí un trabajo como recolector de cosechas. Pagaban muy mal, pero no había más remedio que aceptar lo que presentara. Así pasamos de 4 a 5 años. En esta época papá estaba en Alemania.

Servicio militar frustrado

Para 1943 la situación de la guerra para Italia era caótica. Estaba perdida. En ese año me llamaron al servicio militar. Fui al distrito que me correspondía. Me examinaron y me tuvieron allí una semana. Fui asignado a Livorno, en la costa noroeste de Italia. Con mis compañeros de servicio tomamos el ferrocarril para ir allá. Al llegar a la estación de

Foggia recibimos noticias muy desconcertantes: Que el Rey había escapado y había exhortado al pueblo y al ejército que se volvieran contra Alemania y se pusieran a favor de los Aliados. Surge una confusión total entre nosotros. Lo primero que se me vino a la cabeza fue salirme de todo aquello y volverme a mi casa. Yo estaba muy confundido. Si seguía de soldado, fiel a la lucha que se estaba librando por años, tenía a los antifascistas en mi contra. Si atendía al nuevo llamado me convertiría en víctima de los alemanes y fascistas. Y no había nadie que le garantizara a uno nada si se pasaba a un lado o al otro. ¡Los alemanes todavía estaban en Italia!

La mayoría de los soldados que no se adhirieron a las nuevas órdenes tuvieron que esconderse. Yo opté por esconderme, no porque me sintiera atado a los fascistas sino porque no confiaba en nadie. Era un caos. Supe que Mussolini había sido hecho prisionero. Y empecé a ser testigo del fratricidio que comenzaba en mi país: Italianos que se adherían al fascismo y al nacionalismo contra los italianos que aborrecían esta ideología política. Surgen las guerrillas contra los alemanes.

Seguí huyendo y escondiéndome de sitio en sitio hasta que un día llegué a casa. Sin embargo, tenía que variar el escondite pues registraban siempre las casas. Me escondía por allí. Cuando los alemanes se fueron no registraron más. El pueblo volvió a su tranquilidad habitual. Digo mal. ¡Aquello no era tranquilidad!

De nuevo en la miseria...

No podía haber tranquilidad. Había hambre en el pueblo. La gente estaba desesperada y saqueaba cualquier vehículo o depósito donde se sospechaba que había comida... Nosotros, al principio, no estábamos tan mal. Papá mandaba siempre cualquier cosa. Por cierto, él llegó de Alemania unos 15 días antes de la derrota de Italia. Pero poco a poco se fueron agotando estos recursos. Las hermanas de mamá, un poco mejor acomodadas que ella, nos auxiliaban. Cuando se terminaron nuestros recursos, vivimos prácticamente de la caridad. Esta agonía duró hasta 1948. Los Aliados empezaron a dar algunos trabajos, pero yo tenía un conflicto psicológico con ellos... ¡Los odiaba!

A mí me enseñaron durante los años que estuve en la escuela, y en la calle, que los ingleses era malos, algo así como caníbales. Todos los jueves nos pasaban en la escuela películas en contra de los ingleses, y aprendí que eran malos. Cuando se presentó la situación de que ellos eran los que mandaban y los que daban trabajo, ¡yo no podía concebir que pudiese trabajar para ellos!

Margherita, mi hermana mayor, me persuadía en extremo que saliera a buscar trabajo con los ingleses. Yo me resistí hasta que ella me dijo decidida que si yo no iba ¡iría ella! Para esa época, una mujer que se respetase no salía a la calle a trabajar. Perdía su dignidad y la trataban como a una cualquiera. Nosotros éramos pobres, pero con alto sentido de nuestra dignidad. Margherita me obligó moralmente, y no tuve más remedio que salir a buscar trabajo... A los pocos días estaba en las filas de espera en una agencia

pública de trabajo. Eran pocos los trabajos para la cantidad de gente que aspirábamos a trabajar.

¡Conseguí trabajo!

--Estando en espera de que apareciera algo tuve la sorpresa de que en pizarra anunciaron que se necesitaban dos albañiles “con sus hierros”. ¡Yo no tenía hierros!

Pero no recuerdo por qué causa un compañero que tenía sus hierros no se animó a ir... Se los quité prestados y me presenté. Un paisano que sabía inglés y que actuaba como intérprete me advirtió que me iban a examinar. Salí bien en el examen y quedé contratado. Empezaba a trabajar con el ejército inglés. La cosa se compuso. Me pagaban con moneda inglesa, ya que la moneda italiana había desaparecido. Empecé trabajando en un policlínico que se construía en Molfetta, ¡mi pueblo! Allí trabajé 5 meses. De Molfetta nos pasaron a trabajar en el muelle de la ciudad de Bari. Este trabajo no era de albañil. Me asignaron al área de servicios de limpieza y mantenimiento en la oficina de radiotransmisiones del ejército. Me hice de confianza y los jefes me nombraron caporal de cuadrilla.

Esta experiencia de trabajo fue muy agitada. Allí recibí una gran enseñanza, tuve una buena fuente de recursos económicos... y viví una tristeza muy grande.

La lección recibida fue a consecuencia de lo siguiente: Había mucha hambre en el pueblo. Esta situación se hizo tan alarmante que se anunció que se castigaría como *delito de sabotaje al ejército inglés* a la persona que se le comprobara que había robado o que fuera sorprendida infraganti, por insignificante que fuese lo robado. No entendí bien el significado de esa amenaza. Yo, que trabajaba en el muelle, también cogía chocolates, galletas y pequeñas cosas para comer. Un día me descubrieron y me detuvieron. Cuando me trasladaban detenido, los soldados que me conducían se encontraron con el inglés que era mi jefe. Éste preguntó que qué pasaba conmigo y ellos le contaron. Se pusieron a discutir en su idioma. Fue una discusión larga y acalorada. Al terminarla, mi jefe, a quien llamábamos “John” (en Italia, a todos los ingleses lo llamábamos “John” o “chief”) se responsabilizó por mí y quedé en libertad. Cuando “John” habló conmigo en italiano, supe de la magnitud del delito del cual se me acusaba: ¡Y ese delito se pagaba **con la vida**!

El “chief” no sólo me salvó, sino que me explicó que él entendía por qué se arriesgaba la vida por lograr algo de comer. Es más, me dijo que muy discretamente me tomara cosas que verdaderamente necesitara y que las fuera metiendo en un saco hasta que estuviera lleno. Pero que no cogiera nada nuevo, sino ropas viejas, zapatos viejos, etc. (Recuerdo que los sacos vacíos de harina eran altamente solicitados para hacer ropa). Y que cuando yo tuviera mi saco lleno, él me ayudaría a sacarlo. ¡Y cumplió su palabra! Salía conmigo y me llevaba en su jeep hasta la estación del tren que me llevaba a Molfetta. Fue una gran lección en mi vida. Aprendí que hay gente buena y gente mala en el mundo, y que en eso nada tenían que ver ni las nacionalidades ni las razas de las personas. En ese muelle Bari

conocí gente de todo el mundo. Allí había negros con argollas en la nariz, ingleses, americanos, gente de los diferentes países de Europa y Asia. Y constaté que entre ellos había gente buena y gente mala...

--La experiencia triste fue la siguiente: En el año 1946, el día de Santa Lucía, poco antes de las doce, como todos los días de trabajo, yo me dirigía a la cantina a buscar el pan y la carne que debía repartir a la cuadrilla bajo mi responsabilidad. A las doce del mediodía, mientras yo estaba hablando con "John", hubo una gran explosión en el muelle de Bari que estremeció fuertemente todo el edificio. Al instante, el que me iba a dar el ticket para la entrega de la comida me cayó encima ¡muerto! Nadie sabía qué había sucedido y cundió el pánico. Todo el mundo salió corriendo hacia cualquier parte. De la misma manera yo eché a correr. Corrí tanto que en poco tiempo me encontré en la estación del ferrocarril. Cuando me paré me di cuenta que estaba lleno de sangre. Me registré bien a ver si estaba herido, cosa que, afortunadamente, no fue así. Asocié que era la sangre del hombre que me cayó encima.

En Bari viejo trabajaba el Sr. Giovanni Mezzina, el papá de la muchacha que le conté que me gustaba. Yo acostumbraba a reunirme con él todos los mediodía, cuando salía del trabajo. Me pregunté qué sería de él. Desde la estación me devolví a buscarlo a su sitio de trabajo, la catedral de Bari, que estaban reparando. Allí me dijeron que se lo habían llevado herido al hospital. No lo conseguí en ningún hospital. Regresé a la estación y me fui a Molfetta. Después que todo se normalizó, regresé a Bari con la Sra. Mezzina a ver si podíamos encontrar a su esposo. No lo encontramos en ninguna parte. Se me ocurrió dejarla en un sitio y me fui solo al cementerio. Allí me di cuenta del holocausto causado por la explosión. En el cementerio había miles de cadáveres destrozados, cuerpos quemados, mutilados. Supe que un barco cargado de material de guerra lo habían hecho explotar en un acto de sabotaje contra los ingleses. Allí encontré al pobre Sr. Giovanni Mezzina. Todos los cadáveres estaban tirados en el suelo. Fui a avisarle a la señora Mezzina y a ayudarla a hacer las diligencias propias del caso...

Se acabó el trabajo: El edificio donde trabajábamos se desplomó... De nuevo el fantasma del desempleo... Pero yo no estaba en bancarrota...

Con las cosas que el "chief" me dejaba sacar del barco, y muy particularmente con la venta de papel para hacer cigarrillos logré reunirme doce mil liras. Cada vez que se capturaba a un barco enemigo (alemanes), los ingleses botaban la comida al mar, por la sospecha de que pudiera estar envenenada. Sólo cogían algo que no pudiera estar contaminado, como bebidas. Entre estas cosas me dejaban que yo cogiera papel para hacer cigarrillos. Y esto para mí fue un gran negocio. Las doce mil liras que reuní las coloqué como bono quinquenal en el Banco de Nápoles...

Crisis política y apertura de un horizonte

Poco tiempo después los Aliados salían del país, una vez instalada una Junta Provisional de Gobierno. El Rey Vittorio Emanuele III abdicó a favor de su hijo Humberto II y se

exilió en Egipto. Comienza una nueva lucha política. Los que estaban a favor de la creación de la república contra los que querían el régimen monárquico. El nuevo Rey decidió hacer un plebiscito para ver qué preferían las mayorías. Ganaron los partidarios de la República (1947). Al perder, Humberto II se dirigió a sus partidarios pidiéndoles que respetaran el resultado, y se exilió en Portugal. En ese tiempo nadie trabajaba, porque el país estaba paralizado. Me vi en la necesidad de darle a mamá las 12.000 liras ahorradas. “Hijo –me decía mamá—eres el pedestal de la familia. ¿Cómo podré pagarte ese dinero?”

Los partidos tuvieron que unirse en un esfuerzo para reconstruir el país. El gobierno, consciente del papel de la juventud, abrió una cantidad de escuelas artesanales. Yo aproveché la oportunidad y me inscribí en una escuela de albañilería. No había que pagar, puesto que el Seguro Social pagaba la mitad y la escuela la otra mitad. Me inscribí en tres cursos: albañilería, cultura general y dibujo técnico. En cultura general sólo nos podíamos inscribir los que habíamos hecho el 5º año de educación primaria. Aprobé los tres cursos. Me dieron mi diploma, y desde ese momento comenzaron mis aspiraciones de emigrar... Continuaba siendo muy difícil conseguir trabajo.

Papá me obligaba a que me inscribiera en la Cooperativa de Albañilería. Uno se inscribía allí y cuando conseguía trabajo era sólo por unos días o por muy pocas semanas. Había mucha gente sin trabajo y había que racionarlo. No quise inscribirme. Con una recomendación de la escuela conseguí trabajo en un edificio que iba a ser destinado a ser la Casa Popular de Molfetta. Me aceptaron, pero a las dos semanas me retiraron por mi falta de productividad. Desesperado seguí buscando trabajo por mi cuenta. Por fin conseguí uno fijo. Pagaban muy poco. Para redondearme el sueldo me levantaba a las 4 de la mañana y trabajaba hasta las 7 como peón. A esa hora comenzaba –en la misma compañía—mi trabajo de albañil. Era el año 1949, año en que empecé a oír hablar de las posibilidades de trabajo que ofrecía Venezuela. Pero papá es el que se pone en movimiento...

Amor (¿y destino?)

Cuando yo era un muchacho de unos 10 a 11 años mi maestro de barbería tenía una única hija (ya una señorita) que visitaba a una tía con muchísima frecuencia, y el barbero la mandaba a buscar conmigo. Esa tía era la Sra. Lucía, la esposa de Giovanni Mezzina, el que años después murió en la explosión del muelle de Bari. Esa fue la época en que los conocí. Ellos tenían una hija llamada Filomena, quien se hizo mi mejor amiga. Los dos cursábamos el 5º año. Su hermano mayor era dos años mayor que yo. Se llamaba Vito.

Filomena y yo nos hicimos tan amigos que yo me la pasaba más en su casa que en la mía, y cuando a ella la mandaban a hacer alguna diligencia pasaba por mi casa buscándome para ir juntos. Esto, más de una vez le causó un regaño, pero la cosa no pasaba de allí; sus padres me tenían mucho cariño.

En uno de esos mandados casa de una persona, la señora de la casa le regaló dos almendras. Filomena tomó una, la rompió con los dientes, y la mitad me la metió en la boca y me dio un beso. Fue un beso infantil, pero ese beso llenó mi corazón. Fuimos creciendo, nos enamoramos, pero siempre mantuvimos esta relación en secreto.

Cuando llegó la guerra ya éramos adolescentes. Ella frecuentaba a una modista, quien le enseñaba el oficio. Yo tenía un trabajo en Foggia, a 122 kilómetros de Molfetta, en un sitio que llamaban el Taboliere (llano) de la Abulia. (Recuerdo que Mussolini zonificó la tierra y se la dio a los campesinos para que cultivaran trigo; una de las pocas cosas buenas que hizo Mussolini, creo yo). Cuando regresaba a mi casa, siempre llevaba trigo de contrabando. La primera parte era para su casa, la otra para el barbero, y el resto para mi casa. Yo regresaba a Molfetta los sábados, y ella estaba pendiente desde la vidriera de la casa de la modista de verme cuando yo pasaba por ahí. Fue una relación amorosa muy especial, mezcla de amor y hermandad, puesto que sentía como un miembro más de aquella familia.

Fuimos muy felices en nuestros amores secretos hasta que Vito empezó a preguntarse por las razones de mis constantes idas a su casa. Su mamá le decía que yo iba a allá desde niño, que mi comportamiento era muy decente, y que yo colaboraba en todo con la familia. Además el jefe de la casa no decía nada, y por tanto, él no tenía ningún derecho de disentir.

A Vito lo llamaron al servicio militar comenzado el año 1943. Él me pidió que lo acompañara a presentarse al Distrito que le correspondió. Allá empezó a hablar de su casa, de la probabilidad de no regresar de la guerra, y así fue hablando hasta caer en preguntarme por las razones que impulsaba a ir tanto a su casa. Dada la circunstancia le confesé todo. No me manifestó indisposición, pero algo me decía que a él no le había gustado en lo más mínimo mi confesión.

Cuando lo asignaron, me pidió que le dijera a su mamá que iría a servir en Torino, al norte de Italia. Di el recado a la Sra. Lucía, pero a Filomena le conté todo...

Al llegar a Torino, Vito le escribió a Filomena, y no a su mamá como era de esperarse. La madre, desesperada por saber de su hijo que entraba a cumplir su servicio militar estaba ansiosa por saber qué le decía a su hermana. Por Filomena supe que Vito le había contado nuestro diálogo y le advirtió que si seguía esos amores conmigo iba a perder un hermano. Por sus padres yo no supe nada, y la seguí visitando como de costumbre.

Una vez le propuse a Filomena formalizar nuestro compromiso, pero ella no aceptó, argumentando el problema de la guerra y de mi esperado llamado al servicio militar. “Tenerte a ti y a Vito en la guerra, y que algo llegare a pasarles llenará de mucho dolor mi corazón. Vamos a esperar”, me contestó.

Llegó el fatídico día de Santa Lucía, en que muere el Sr. Giovanni. Esto me metió más en la familia. Recuerdo que una vez yo ayudaba a Filomena a vestir a su hermanita de meses de nacida, y llorando me dijo: “A ti como que te valió la muerte de papá para que

se diera la ocasión de estar más cerca de mí”. Le contesté que en verdad me gustaba muchísimo estar junto a ella, pero que eso no significaba que yo estuviera contento con la desgracia...

Sin embargo, la muerte del Sr. Giovanni cambió el panorama para mí. Después que pasaron los días amargos de su muerte, la Sra. Lucía me llamó aparte, me confesó que ella sabía de las relaciones de Filomena conmigo; que ella estaba sola, pues Vito estaba en la guerra, y que para evitar murmuraciones con los vecinos, me pedía que no fuera a su casa sino los martes, viernes y domingos, sólo por un rato. En una de esas primeras visitas —un viernes exactamente—regresó Vito, quien había estado prisionero en Alemania.

Me recibió el sábado calurosamente. Me invitó a salir y hablamos de la guerra y de lo difícil de conseguir trabajo. Me parecía que me consideraba el amigo de antes. Imaginé que su mamá le había contado cómo me porté en la muerte del Sr. Giovanni y todas las cosas que tanto nos unían. Me sentía muy contento. Me las arreglé para solicitarle una recomendación como veterano de guerra, y de hecho consiguió trabajo de peón en donde yo trabajaba.

Al comienzo nos llevábamos de maravilla. Muy pronto empezó con actos de soberbia y a dárseles de superior a mí, a exigirme que yo le sirviera, etc. Un día me pidió con soberbia que lo afeitara, ¡y yo lo mandé al diablo! Las cosas se pusieron peores cuando, regresando de un viaje de paseo por un bosque cercano, se me presentó al sitio donde yo estaba comiendo y en presencia de mis compañeros de trabajo me increpó diciéndome: “¿Cómo te atreves a decir en público que eres pretendiente de mi hermana, cuando no tienes ni arte ni oficio? ¡Tú no eres digno de ella!” Yo le contesté que me sentía más digno que él; que era verdad que yo no era albañil, pero que él tampoco lo era, y que yo arreglaría cuentas con quien le dijo tal cosa, pues yo sabía de donde venía el cuento. Y por último le dije que superaría lo de no tener un arte u oficio, y que no había nada ni nadie que nos separa a Filomena y a mí, ¡porque nos sentíamos unidos en un solo destino!

Cuando intenté visitar a Filomena, no pude. Ella me mandó decir que no fuera a su casa porque Vito había prohibido mi entrada. El recado incluía que me esperaba en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en la misa de las cuatro de la mañana. Allí nos vimos. Estaba angustiada y me recriminaba que yo hubiera peleado con Vito, pues las cosas estaban peores. Discutimos dónde podíamos vernos y quedamos en que fuera en casa de la hija única del barbero...

La cosa se puso cada día más tensa. Yo veía el respeto que Filomena sentía por su hermano y que la Sra. Lucía no hacía nada por suavizar las relaciones. Desesperado, le pedí a Filomena que huyéramos, y que esto los obligaría a aceptar nuestro matrimonio. Ella no era mujer de aceptar esto. Yo no podía creer aquello. No había salida. Ella abrigaba la esperanza de que el destino nos uniría, pero yo no creía en el destino. Esto sucedía en momentos en que yo empezaba a hacer diligencias para emigrar a Venezuela.

Supé más tarde (ya en Venezuela) que se había casado con un amigo mío con mi mismo nombre... ¡y también albañil! Nunca llegué a presentir que las cosas terminarían así. Nosotros, ¡que hablábamos de un solo destino para los dos! No quiero pensar que ella fabricase el suyo casándose con un Domenico albañil. Quizá —si es que hay destino—ella no era para mí. El tiempo de encargó de ayudarme a cerrar ese capítulo de vida...

Preparativos de viaje

Papá tenía el plan de venirse a Venezuela. Para diligenciar los preparativos viajó a Roma. Allí tuvo el desengaño de que le dijeran que en el plan de inmigración venezolano no aceptaban hombres mayores de 50 años; que quizá con un hijo mayor de edad podía viajar. “¡Vayamos los dos, papá! Le dije con euforia. Papá me confesó que no había dinero para viajar los dos. “¡Entonces voy yo solo!” Papá se empeñó en rechazar esa posibilidad. No tenía confianza en mí. Se acordaba de todos los italianos que salieron y que nunca regresaron. Discutimos vehementemente, y a mucho darle optó por dar su permiso... En realidad no había otra salida. La situación del país era terrible y ya yo tenía mayoría de edad...

Entre las diligencias hechas, nos pusimos en comunicación con un constructor italiano residenciado en Venezuela, el Sr. Damiano Spadavechia, compadre de mi hermana mayor. Él me envió a Molfetta un contrato de trabajo en el cual se comprometía —entre otras cosas— a protegerme por dos años, a darme un trabajo con un salario de 350 bolívares mensuales, además de la manutención y el alojamiento... ¡Imagínese la alegría cuando recibí ese contrato! Empecé a dar saltos, con la mala suerte de perder el equilibrio y rodar escaleras abajo. Cuando mi madre oyó el ruido me llamó para preguntarme qué pasaba. Yo no contesté y me escondí debajo de la escalera. Sentí un dolor terrible en la rodilla izquierda. Mamá pensó que yo había salido. No quería confesar el terrible dolor, pues pensaba que no me iban a dejar salir para Venezuela. En ese estado me fui al cine, tratando de enderezar la pierna, pero todo fue inútil. Al día siguiente no podía ocultar mi dolencia. Me vi obligado a dejar el trabajo para someterme a la cura necesaria. Fui a varias curanderas (¡allá también las hay!) y a médicos. Estos me recomendaron que fuera a un especialista. Fui a Bari a que me examinara uno. Me dejó frío cuando dijo que tenía rotura del menisco de la pierna izquierda y que tenía que operarme. El dinero de la operación salió del presupuesto de mi proyectado viaje, que así se ponía cada vez más en peligro. Me operaron el 18 de febrero de 1950, y estuve 15 días con el yeso.

Por cierto que cuando salí con el yeso y me iba para la casa, al salir del ferrocarril, para evitarme el largo camino hacia el túnel de salida, opté por pasar por encima de la línea férrea. La policía me detuvo porque eso estaba prohibido. Argumenté con ellos mis razones; simulé no tener papeles, y pensando en que me venía para Venezuela los engañé, sin miedo a las consecuencias. ¡Pensé yo que los había engañado! Año y medio después —ya en Venezuela— me informó mamá por carta, que había tenido que pagar una multa ¡con sus intereses!

Llegó el momento de irme a hacerme los exámenes médicos para el Consulado de Venezuela en Nápoles. Yo estaba aterrado por lo de mi rodilla. Me quité la rodillera y caminé lo mejor que pude, y por supuesto, no les dije nada a los médicos. Fueron horas de agonía, y al final me dijeron... ¡que estaba bien! Pero pocos días después me volvieron a llamar al examen médico. ¡Dios mío! –volví a la angustia-- ¡Se habrían dado cuenta! Regresé pesimista, y para mi sorpresa sólo se interesaron en observar mi tórax de nuevo. Me tomaron unas placas de rayos-X, la estudiaron, y me dijeron que estaba bien. ¡Que estaba aceptado!

Se preguntará usted que de dónde salió la plata para venirme y para pagarme la operación. Mi pobre madre hipotecó la casa que en 1936 había comprado con tantos sacrificios...

En ese entonces, nosotros no usábamos maletas. Un carpintero, de quien yo me burlaba cuando era muchacho, tuvo el gusto de hacerme un baúl. Lo llené de ropas. Estaba listo para salir de mi país. El resto de mi equipaje: 23 años de vida, la experiencia que le he contado, las lecciones de la vida aprendida de mis padres... y el sueño de un futuro lleno de esperanzas... de ilusiones...

Me embarqué en Nápoles en un barco de carga improvisado para pasajeros. No pudimos salir en el primer intento porque el barco presentó problemas y tuvimos que esperar cinco días más. Nos alojaron en un hotel mientras reparaban el barco.

Por cierto que esos días leía en un periódico de la ciudad que un ciudadano chino estaba haciendo un viaje alrededor del mundo en una bicicleta, y cuando llegó a Nápoles ¡le robaron la bicicleta! Esto me hace recordar una anécdota de algo que nos pasó mientras esperábamos que repararan el barco. Mis padres me recomendaron a otros emigrantes bastante mayores que yo y les pidió que me cuidaran como a un hijo. Estos compañeros de viaje se tomaron muy en serio la recomendación. Caminando por Nápoles –yo bajo su custodia—unas personas que discutían algo se acercaron a nosotros pidiéndonos opinión sobre cómo eran los dólares americanos. Tenían –decían ellos—una duda sobre si unos dólares que tenían eran verdaderos o falsos. Uno de mis “representantes”, a petición de un miembro del grupo de napolitanos, les enseñó billetes reales para que salieran de la duda. Las personas tomaron en sus manos los billetes... ¡y salieron corriendo! De allí en adelante, yo me convertí en el protector de mis “representantes”.

El viaje

Al fin, salimos de Nápoles el 21 de abril de 1950. De allí pasamos a Génova, donde permanecimos tres días en rada. Desde este puerto empezó verdaderamente el viaje.

Fue un largo y fastidioso viaje de 22 días, con una sola escala en la isla portuguesa del Funchal. Para distraerme y ganarme algún dinero me trasladé a cubierta y ofrecí mis servicios de barbero. Yo traía mis hierros. Gané 27 dólares.

Lo único extraordinario del viaje fue que comí bananas por primera vez en mi vida cuando llegamos a esa isla. Mire, en Italia vendían bananas, pero su costo era tan elevado que un pobre no podía darle el lujo de comprarse una. Nunca las había visto en racimos. Eran tan baratas que compré un racimo. ¡Imagínese! ¡Cuando llegué al barco ya me las había comido todas!

A medida que pasaban los largos días mis expectativas iban creciendo. Sobre Venezuela tenía en la mente lo que había aprendido de mi papá y mis amigos. Yo iba para la “Gran Colombia”, tierra libertada por Simón Bolívar, el Libertador. La población indígena era muy numerosa, y vivían casi desnudos...

El 11 de mayo de 1950, en horas de la madrugada llegamos al puerto de La Guaira. A esas horas de la madrugada aprendí lo errado que estaba con respecto a Venezuela. Llegaron al barco dos damas muy bien vestidas y con sobretodo... Estaba en el Nuevo Mundo... ¡Estaba en América! ¡Estaba en Venezuela!



“mi equipaje: 23 años de vida, la experiencia que le he contado...
y el sueño de un futuro lleno de esperanzas... de ilusiones”

II

EN VENEZUELA

Las primeras experiencias

--A las seis de la mañana nos permitieron bajar. Para reclamar el equipaje nos dispusieron en tres filas. Éramos como seiscientos pasajeros, entre italianos, españoles y portugueses.

Tuve un incidente que me metió en un lío, sin yo tener la menor noción de lo que estaba pasando. Estaba yo en la cola y eran como las 11 de la mañana. El sol me castigaba de manera inclemente, pues yo no estaba acostumbrado a estas altas temperaturas. En la cola le pedí permiso a la persona que estaba delante de mí y luego a la que estaba a mis espaldas. Me urgía tomar algo, pues tenía una sed desesperante. Caminando llegué a una casucha que exhibía un anuncio de coca-cola. No tenía la menor idea de su sabor, ni mucho menos de la existencia de dicha bebida. La bebida me pareció muy sabrosa y repetí el nombre varias veces para que no se me olvidara. Cuando regresé y quise ocupar mi puesto, un militar --Guardia Nacional-- con voz muy firme me dijo algo en español, y lo único que le entendí fue la palabra “cola”. Yo le respondí en italiano que sí, que yo había salido y había tomado una coca-cola. El militar, sin yo entender por qué, se enardecía, decía muchas cosas, y yo no tenía la menor idea de que me estaba recriminando que yo me quería meter en la “cola”. Yo seguía insistiendo en mis argumentos --relacionados con la bebida-- y cuál no sería mi sorpresa --¡y mi gran susto!-- que el Guardia estaba desenvainando su sable, como dispuesto a atacarme. Alguien piadoso me hizo entender que el militar quería que yo me pusiera de último en la cola, cosa que a mí me parecía muy injusta. Ese alguien piadoso me dijo que lo mejor era que desapareciera del sitio y que regresara el otro día por mi equipaje. Viendo el grado de persuasión de esa persona opté por hacerle caso...

El Sr. Spadavecchia, el que me mandó el contrato a Molfetta, me fue a recibir. Cuando regresé al otro día fui solo. Recogí mi equipaje. El día siguiente me recomendó que fuera a Los Teques para que sacara mi cédula de identidad, pues allí era más rápido. Como tenía visa de residente no tuve ningún problema.

Al cuarto día fui al trabajo como albañil. Encontré muchas diferencias en el trabajo. Noté que los materiales eran más ásperos y más irritantes; me herían la piel, pero tuve que adaptarme. Mi primer trabajo fue en el frisado de una quinta. No me pagaron el primer sábado, pues empecé a trabajar a mediados de semana. El otro sábado cobré trescientos bolívares por nueve días de trabajo. Cuando me pagaron me sumí en la más profunda tristeza y desilusión... ¡trescientas liras por nueve días de trabajo! Eso no me alcanzaba para nada. El Sr. Spadavecchia me explicó que no eran liras, sino bolívares, y que esta moneda no tenía un valor igual a la lira. Un bolívar, me explicó, equivalía a 200 liras. Me alegré mucho con la información, pero de todos modos era poco, y tuve que pedirle prestado doscientos bolívares más para enviar dinero a casa. Era mi deseo que mamá saliera de la hipoteca de la casa lo más antes posible.

¡Un mes duró el trabajo! Me quedé frío y espantado cuando el Sr. Spadavecchia, mi jefe y presunto “protector”, me dijo: “¡Domenico, ya yo cumplí con hacerte llegar a Venezuela. Ahora te las arreglas por tu cuenta!” No podía explicarme su actitud. Él tenía trabajo y no era justo que me dijera eso; el contrato decía muy claro cuáles eran las condiciones. Afortunadamente tuvo el buen gesto de no echarme de su casa. Solo, sin conocer el idioma ni la ciudad, salía en las mañanas en busca de trabajo, y muchas veces no sabía regresar porque me perdía. Una vez me metí en una calle sin salida... Perdido y desconsolado me senté en una piedra... y me eché a llorar como un niño...

Un trabajo en la naciente Ciudad Universitaria de la Universidad Central de Venezuela, Caracas

Por un agregado de la Embajada de Italia conseguí trabajo en la Ciudad Universitaria de la Universidad Central de Venezuela, que en esa época se estaba construyendo. Me dieron por contrato hacer un piso liso de cemento en color. Por falta de materiales el trabajo no me rendía sino ocho bolívares diarios. Para compensar me ayudaba con el trabajo de barbero. Iba a pensiones donde vivían los inmigrantes, y entre sábado y domingo hacía entre veinte y veinticinco bolívares, con lo que comía en la semana siguiente... Muy pronto el trabajo de la UCV terminó...

Tierra adentro...

Un domingo, estando en la Plaza Bolívar —que era como la plaza del lamento, pues allí íbamos a llorar nuestras penas de inmigrantes— me encontré a un viejo amigo, de mi pueblo natal. Me invitó a que fuera a trabajar con él en una hacienda tierra adentro, en Pariaguán, en el oriente de Venezuela. Allí trabajé mes y medio bajo un calor insoportable, falta de agua hasta para tomar, y sin tener donde dormir. Sólo la necesidad me dio fuerzas para sobrevivir. Regresé a Caracas, y al llegar a la casa del Sr. Spadavecchia no lo encontré allí. Sin embargo, encontré un telegrama donde me invitaba a trabajar en Margarita...

A la Isla de Margarita... sólo por unos meses...

Llegué a la Isla de Margarita el 4 de septiembre de 1950. Vine a formar parte de una cuadrilla de trabajadores con el Sr. Spadavecchia. Éramos 12 paisanos de Molfetta. Alquilamos una casa en la calle Libertad de La Asunción, la capital del Estado Nueva Esparta. La casa era propiedad de la señora Anita Sanabria.

Como llegué de último no encontré donde dormir. La primera noche dormí en la mesa donde comíamos. El otro día compré un chinchorro al señor Chú Subero Sanabria. Por no saberla guindar... ¡tuve que dormir en el suelo! Desesperado, el otro día me busqué unos pedazos de tablas, y con una tripa vieja de un caucho, cortada en tiras, hice una cama, ¡y así fue como al fin pude dormir!

Cuando llegué a Margarita, mis paisanos estaban trabajando en lo que es hoy el Liceo Rísquez, cuyo edificio fue construido originalmente para que funcionara la cárcel, la primera de Margarita. De modo que el trabajo era, tanto de terminar el edificio como de adaptarlo a su nueva función. Trabajábamos de día y parte de la noche. Este fue un trabajo agotador pero rendidor. Nos producía de 60 a 70 bolívares diarios. Recuerdo que el jefe del contrato era un señor llamado Francisco Crissafulli. El trabajo mío consistía en frisar paredes internas y externas, y poner tejas.

Era el mes de octubre de 1950 y hacía un calor insoportable. Cuando me tocó poner tejas creía que no podría más; ¡estaba a punto de caer exhausto! Muchas veces me privé de la respiración. Para hacer las cosas peor, los materiales me pelaron las manos hasta el antebrazo. Gracias al señor Pedro Indriago —mi primera buena amistad en La Asunción— por aconsejarme que me untara aceite de coco, medicina natural que me alivió muchísimo. A medida que el trabajo se iba adelantando nos iban despidiendo. Cuando se terminó el frisado y el trabajo del techo, quedamos trabajando seis. Coloqué mosaicos y porcelanas. Salieron 5 más y quedé yo solo trabajando hasta la terminación total; es decir, yo hice los remates finales del edificio. Luego terminó el trabajo...

Todos regresaron a Caracas. Nos quedamos en Margarita, Giuseppe Spadavecchia, hermano del Sr. Spadavecchia —el que me ayudó a venir a Venezuela—, otro paisano, y yo.

Pasamos muchas necesidades cuando nos quedamos sin trabajo. Giuseppe consiguió trabajo al servicio del Estado. Lo poco que yo conseguía era de remuneración muy baja. Sin embargo, empecé a sentir afecto por esta isla y no quería regresar a Caracas.

Recuerdo que alguien me ofreció un trabajo diciéndome que lo único que podía pagarme era ocho bolívares diarios, y sabiendo yo que era muy poco, tuve que aceptarlo... Recuerdo también la mano amiga del señor Eduardo Merchán, que hasta una mano de cambur me dio un día para que comiera, y que con toda la vergüenza tuve que aceptársela agradecido, ¡pues tenía necesidad...! Y así, entre trabajos aislados y muchas necesidades terminó ese año de 1952; ¡pero no me fui de Margarita!

La Virgen me tendió su mano

En Molfetta celebramos con gran fiesta popular el 8 de septiembre como el día de la Virgen. Es una fiesta marítima. Son famosas sus regatas y la procesión de la Virgen en el mar. Me atraía que aquí se celebrara con gran devoción el día de la Virgen del Valle en la misma fecha.

Pedro Indriago me animaba mucho; me decía que tuviera paciencia, que Margarita era una tierra acogedora y que no me iba a morir de hambre aquí. Era asunto de esperar a que pasara ese mal tiempo. Una noche, sentado en la plaza Luisa Cáceres de Arismendi, esperando a la Virgen del Valle, a quien traían desde Juangriego en procesión, a pie, al

pasar la Virgen me encomendé a ella y le pedí que me permitiera conseguir trabajo para quedarme en su isla. ¡Usted no habrá de creerme! Poco rato después, se me acercó el Sr. Emilio Iverduim, un señor muy bueno, de las Antillas Holandesas, ¡y me ofreció un trabajo en el Valle de Pedro González! Fui el lunes a trabajar. Mire usted, profesor, desde ese día no me ha faltado trabajo en Margarita, ¡hasta el día de hoy! **¡La Virgen del Valle me cumplió!**

Papá viene a Margarita

Hice con papá lo que el Sr. Spadavecchia hizo conmigo. Le hice un “contrato” y lo mandé a buscar. Era el año de 1953. Cuando papá llegó yo compartía la casa con Giuseppe y con otro amigo de la infancia, Giovanni Laforgia.

Papá llegó dispuesto a trabajar. Yo me sentí muy contento, pues además de sentirme junto a él, papá era un hombre muy útil. En esa época yo trabajaba junto con mis paisanos en la construcción del Palacio Municipal del Distrito Arismendi. Por cierto, de ese trabajo tengo un recuerdo, que si bien era una tontería, nos amargó la existencia. Ese edificio se construyó bajo una presión de tiempo exagerada. Había que entregar trabajos por fechas. Por ello, teníamos que trabajar de día y de noche, sábados y domingos. Los muchachos que iban al Grupo Escolar Francisco Esteban Gómez, animados por un señor que vendía “posicles” (heladitos caseros), nos molestaban muchísimo. Nos llamaban “burros” y muchos otros apodos. Al principio, no le dimos mucha importancia a la cosa, pues esa palabra se parece mucho a la italiana equivalente a “mantequilla”. Pero cuando aprendimos el sentido de la burla, nos empezó a herir. Nosotros, que estábamos trabajando, que considerábamos al trabajo como una honra, y que el trabajar como lo hacíamos debía merecer elogios... ese señor —y otros adultos que le acompañaban— nos hacían objeto de burla y desprecio... ¡Eso para nosotros era un gran insulto! La cosa se iba poniendo cada día peor, hasta que un día, indignados, tuvimos que pedirle al Gobernador, Sr. Heraclio Narváez, que interviniera ante tal situación... El Gobernador nos puso un agente de policía, y gracias a Dios, pudimos volver a trabajar en paz...

Papá consiguió trabajo en la carretera Porlamar-Juangriego, en el tramo de La Asunción —Juangriego. Él construía los puentes. Trabajó en la reparación de un ala del Castillo Santa Rosa; participó en trabajos de reparación de la Catedral de Nuestra Señora de La Asunción; en la construcción del primer boulevard de La Asunción; en el auditorium del Grupo Escolar “Francisco Esteban Gómez”; en el Cuartel de Policía (el anterior). Trabajó con el Sr. Pablo González, constructor margariteño de gran prestigio, con quien se la llevaba muy bien. Cuando papá trabajaba se le veía contento, feliz. Cuando no, se ponía de muy mal humor y se deprimía. Me dolía verlo así. Se hizo de muy buenos amigos, entre ellos —además del Sr. Pablo González (q.e.p.d.)— del Sr. Ramón Silva —quien aún pregunta por él— de Tomás Carneiro (q.e.p.d.) y muchos otros...

Durante la estada de mi papá aquí en Margarita aprendí a sopesar la calidad humana del margariteño. Cuando papá trabajaba en el tramo de la carretera La Asunción—Juangriego, se enfermó de hemorroides. Un día estuvo en estado muy crítico, y se quejaba desesperadamente de los grandes dolores que sufría. Yo no sabía qué hacer. La

gente empezó a reunirse en la casa, se compadecían de él, daban opiniones, y esas cosas que siendo una una cortesía, a veces resultan en situaciones muy incómodas. Fue en una de esas cuando la Sra. Rita de Indriago, esposa de mi amigo Pedro José Indriago, le pidió a los presentes que salieran de la casa. Yo pensaba que papá se estaba muriendo. Ella me llamó a un lado, me consoló y me dijo que no llorara, y que por favor yo también saliera de la casa. Le preparó un remedio y se lo suministró mediante un lavado. Papá empezó a sentir alivio y rápidamente fue mejorando hasta que se curó. Por ello estamos en una gran deuda de gratitud. Acompañaron a la Sra. Rita, en su labor de atención hacia papá, las señoras María Isabel Prieto de Fermín, esposa del maestro Augusto Fermín, notable músico de La Asunción; Antonia Lucía de Narváez, esposa de mi amigo Ángel Narváez, sacristán de la Catedral de La Asunción, para ese entonces. Todas ellas han muerto. En este grupo quiero también incluir a Pastora y Luisa Piñerúa.

Con esto quiero decirle que tanto papá como yo estábamos de acuerdo en que este pueblo nos acogía como una segunda patria. De hecho fue así. Me nacionalicé venezolano en el año de 1956, y hasta me inscribí en el servicio militar de mi nuevo país. Y al nacionalizarme venezolano, ¡me sentí margariteño!

Papá empezó a sentir los efectos de su edad. Se puso muy malhumorado; peleó con mis dos amigos. Uno de ellos, Giuseppe, nunca me perdonó que yo le hubiera dicho que mejor se fuera de la casa porque por mucha razón que él tuviera, yo no podía ponerme en contra de papá. Giovanni se fue por su cuenta, pero también para evitar desavenencias con él.

Yo empecé a sugerirle que se regresara a Italia. Le argumentaba que él necesitaba de los cuidados de mamá, que no podía estar en estos trajines tan fuertes. Mi noble viejo, ya de 70 años, no quería irse sin dejarme establecido, casado, y como buen padre italiano, ¡estaba dispuesto a ayudarme a conseguir una buena novia! Lo fui persuadiendo hasta que al fin logré que regresara a Molfetta. Finalizaba el año de 1957.

Al quedarme solo empezó de nuevo mi angustia de inmigrante. Reapareció la triste sensación de la soledad, la falta de cariño familiar... Debía casarme y formar familia...

Trabajar y casarme: Hacerme un hombre...

En 1954 tuve la oportunidad de hacerme de un terreno en lo que es hoy la avenida “Cuatro de Mayo” de Porlamar. Me costó mil novecientos bolívares. Para esa época eso era mucho dinero. En Molfetta, lo primero que tenía que hacer un hombre para poder casarse era comprar o construir una casa. Yo aún no tenía novia, ni creía que estaba en condiciones de tenerla; ¡pero ya tenía terreno! Iba poniendo materiales en ese terreno, poco a poco. En mis ratos libres, y cuando ahorrraba le metía la mano...

Para tener una novia en serio, uno debía tener un trabajo bueno, y eso todavía no había llegado. Tenía trabajo, pero poco remunerado y no era fijo. Sin embargo, hacía mis incursiones para ver si conseguía una buena muchacha. Aún cuando tenía amigas, mis intentos por conseguir una novia fueron frustrados. Por ejemplo, le voy a contar que,

estando aún papá en casa, tenía una muchacha en El Tirano que me gustaba muchísimo. Como usted sabe, en Italia, en aquella época uno debía tener el consentimiento de los padres para la selección final. Por supuesto, esto no se cumplía siempre, pero mi papá me acompañaba y yo consideré mi deber llevarlo a casa de la muchacha para que le diera el visto bueno. Pasó una cosa incomodísima. Todos sabemos que aquí en Margarita había la costumbre entre los hombres de levantarse la franela y dejar la barriga afuera, para coger fresco. El papá de la muchacha, considerándose en su casa, con toda confianza cometió el “pecado” —para mi padre—de hacerlo frente a nosotros. Papá consideró que en una familia decente un padre no podía faltarle el respeto a las hijas haciendo semejante “barbaridad”. No le valieron mis explicaciones sobre la costumbre de aquí y que eso no se asociaba en lo más mínimo con la moralidad de la gente de este pueblo. ¡Nada! De allí aprendí la lección de que con papá de consejero no iba a conseguirme jamás una novia que lo complaciera. Decidí secretamente suspender la búsqueda de mi futura novia ¡hasta que él regresara a Italia!

Hice otros intentos, pero terminaron en fracasos. Tuve un intento serio una vez, pero no pudimos ponernos de acuerdo; éramos personas de profundas diferencias personales...

Domingo Gadaleta: un albañil “de verdad”

En cuanto al trabajo, como le venía diciendo, lo tenía, pero en condiciones y ganancias muy pobres. Pero iba sucediendo una cosa: Empecé a conocer la gente de aquí, y mi nombre como albañil iba haciéndose conocido poco a poco. Y así se fue acercando el momento en que por fin podía trabajar por mi cuenta.

El primer intento de trabajar de manera independiente se lo planteé al Sr. Ramón “Chavolo” Rodríguez, a quien le trabajaba por día. Recuerdo que le ganaba Bs. 25 diarios, en una época en que era difícil conseguir trabajo. Esto no me alcanzaba para mucho. Tenía que mandarle dinero a mamá, y por otra parte tenía el deseo de formar una familia. Le pedí al señor “Chavolo” que me diera el trabajo por contrato. Él, en principio me dijo que lo pensaría, pero luego me manifestó que no estaba en condiciones económicas de hacerlo; por lo tanto, fracasé en mi primer intento. Esto hizo que mis aspiraciones se hicieran más fuertes. Iba tomando progresivamente más confianza en mí.

Después de terminarle el trabajo al Sr. Chavolo, luego de la caída del general Marcos Pérez Jiménez, el Sr. Mario Migliori (q.e.p.d.) me dio un plano para la construcción de una casa de dos plantas. Le hice un presupuesto, me lo aceptó, ¡y fue mi primer trabajo por contrato!

Luego llegó otra oportunidad a medias. Fui recomendado del Inspector del Trabajo, un señor de apellido Landaeta, para que me presentara al Sr. Valentín Figueroa, quien tenía el contrato para construir un grupo escolar en Santa María —cerca de la Laguna de la Restinga. El Sr. Figueroa me pidió que me hiciera cargo de esa construcción. Digo que fue una oportunidad a medias, porque sólo fui encargado; trabajé para el Sr. Figueroa. Sin embargo, pasó una cosa interesante. A la gente de la Gobernación le gustó el trabajo que

hice, y el próximo grupo escolar, el de Laguna de Raya, ¡me lo dieron directamente a mí para que lo construyera!

Durante este tiempo me sucedió un serio percance. El primer vehículo que compré fue una moto Vespa, en la que me movilizaba. Esa moto me resolvió el problema del transporte, tan difícil en esa época. Pero cuando se me presentó el trabajo en Santa María, ir y venir en esa moto se constituyó en un verdadero sacrificio para mí. Era muy lejos. Me vi obligado a hacer el empeño de comprarme una camioneta “picó” usada que conseguí de ocasión. Yo no sabía manejar bien, y por eso manejaba con muchísimo miedo y cuidado. Un día, el camión de Valentín Figueroa se accidentó y me vi en la necesidad de transportar los seis obreros con quienes trabajaba, más quince sacos de cemento. Hubo un momento durante el viaje, cuando tuve que hacer una maniobra, y por falta de experiencia, perdí el control del vehículo y me volqué. Yo salí ileso, pero a los seis obreros tuvimos que llevarlos al Hospital “Luis Ortega” de Porlamar. Me pusieron preso...

Estuve confinado en la Inspectoría de Tránsito de La Asunción. Allí me trataron muy bien, a tal punto que hubo muchas cosas del trabajo que podía hacer desde la prisión: pagaba los obreros, daba instrucciones, y hasta hubo varias veces en que era necesario mi presencia en el trabajo y los fiscales de tránsito me llevaban a resolver el problema.

Una persona que se hizo muy amiga mía fue Jesús María Sanabria. Lo conocí en los depósitos de gasolina de los Hermanos Rojas, cuando la dictadura. Yo estaba construyendo una oficina allí. Acaba de regresar a la Isla, con problemas políticos con el régimen del general Pérez Jiménez. Él había comprado en Porlamar una casa en fábrica y me dio el encargo de que yo se la terminara. A partir de esa época nos hicimos buenos amigos. Jesús María Sanabria fue a mi prisión, se me puso completamente a la orden para lo que yo necesitara. Cumplió con dinero y en acciones. Hizo que el Dr. Raimundo Verde Rojas, nombrado abogado de Margarita, se encargara de mi defensa.

Entre las dificultades, ¡encontré novia!

Iba mucha gente a verme a la Inspectoría. Entre estas personas, Jesusita Sanabria, hermana de José María Sanabria. Allí estrechamos lazos de amistad. Me gustaba, pero yo me sentía cohibido, pues todos sus hermanos eran profesionales...

Estuve tres meses en prisión. Salí libre el 15 de agosto de 1960. Poco tiempo después terminé el trabajo de Laguna de Raya, pero los gastos y pérdidas derivadas de mi proceso legal y mi ausencia en el trabajo me dejaron sin ganancias y sin ahorros. Pero por primera vez no me sentí desanimado. Había ganado confianza en mí mismo y en la tierra que había escogido para vivir: Margarita.

Cuando terminé el trabajo terminó también el Gobernador su mandato, y no me llamaron más. Yo decidí trabajar de manera independiente. Inventé mi estilo de trabajo. Mire profesor, me convertí ¡en la primera entidad de ahorro y préstamo para la

construcción de viviendas en Margarita! Empecé a construir casas a plazos ¡sin intereses! y esto me aseguró una clientela que me fueron haciendo mis propios clientes satisfechos. Fue un buen negocio, tanto para ellos como para mí.

Nos casamos, pero el destino nos impuso salir de Porlamar

Tomé la decisión de casarme pues había llegado el momento de sentirme preparado para el matrimonio. Me dejé de temores, le planteé a Jesusita Sanabria mis intenciones. Ella aceptó, la pedí en matrimonio, y el 29 de diciembre de 1961 la hice mi esposa. Me sentía un hombre inmensamente feliz, pues Jesusita era muchacha de quien mis padres podían sentirse orgullosos. Y soñé que llegaría el momento de llevarla a Molfetta... ¡para que ellos la conocieran!

Era una tentación quedarse a vivir en La Asunción, en casa de Jesusita; pero yo quería hacer una vida absolutamente independiente. Además, decía yo, para eso he hecho casa en Porlamar. Y nos mudados.

Cuando apenas teníamos un año de casados me sucedió otro percance. Sucedió que yo iba manejando un camión de mi suegro, de Los Robles a Pampatar. Inesperadamente una señora se lanzó a la carretera. Frené, y poco antes de que el camión se detuviera ¡la toqué con el parafango derecho! La señora se cayó, y como llevaba un pote grande de leche lleno de maíz, se fracturó un par de costillas. ¡Me cayó encima una poblada de Los Robles! Estoy vivo porque la desesperación me hizo correr bastante y me dio resistencia para aguantar los golpes que recibí. Me metí corriendo a una casa y allí fueron mis perseguidores. Un hijo de la señora me acorraló y me golpeó ferozmente. Cuando volví a salir a la calle, una persona piadosa me dio la cola y me llevó a la policía. De allí me llevaron al hospital, pues estaba muy golpeado.

Al hospital fue la gente para agredirme. Jesusita me informó que había dos personas con gruesos candados para atacarme, cosa que no pudieron hacer porque yo estaba custodiado por la policía. A unos muchachos, ya adolescentes, tuvieron que llevárselos para el Retén Judicial, pues ellos fueron unos de mis agresores.

Sucedió algo que me favoreció. El abogado que ellos escogieron fue el Dr. Raimundo Verde Rojas. El logró persuadirlos de que yo era una persona trabajadora, y que lo mejor era olvidar el asunto. La señora se atendería, ya que su lesión fue muy leve, y todos quedaríamos en paz. Por mi parte, yo accedí a que se hablara con el Dr. Pedrito Sanabria, entonces director del Consejo Venezolano del Niño, para que soltaran a los muchachos y poco a poco se fue arreglando la cosa.

Siete años más tarde tuve la oportunidad de prestarle un servicio a una persona que resultó ser mi agresor. Por haber tenido la oportunidad de hacerlo, y por no tenerle ningún rencor doy gracias a Dios, y por ello me siento en paz conmigo mismo.

Sin embargo, esto no fue así de fácil ni de rápido. Tomó su tiempo. Una de las cosas que hicieron los muchachos y otros adultos fue atacar mi casa en Porlamar, y hasta una vez provocaron a Jesusita. Esto la desesperó a tal punto que no quiso vivir más en la casa. Por eso nos tuvimos que volver a La Asunción, casa de sus padres. Afortunadamente yo me sentí contento de regresar, pues con sus padres nunca tuvimos serios problemas. El destino nos trajo aquí...

Dos problemas más...;de tránsito!

Me olvidaba contarle otros problemas que viví de soltero. Mi bautizo en prisión fue en 1957, cuando empezaba mi vida en Margarita. Ya le he contado que tenía una Vespa. Pues bien, yo tenía un trabajo en la construcción de la bomba de gasolina del Sr. Carlos Mutti. Trabajaba con Giovanni Laforgia, mi paisano de Molfetta y Felipe Tabasca, de La Asunción. Iba y venía a mi trabajo en mi moto. El día que estaban inaugurando el Hotel Bellavista de Porlamar, yendo yo a mi trabajo de la bomba de gasolina, me le atravesé al carro oficial del Gobernador (el Sr. Heraclio Narváez). En ese carro iba nada más y nada menos que ¡doña Flor Chalbaud de Pérez Jiménez, esposa del Presidente de la República, la esposa del Gobernador, el secretario del general Pérez Jiménez y otra autoridad más! El chofer hizo una maniobra violenta para no matarme, de modo que el carro rodó en dos ruedas laterales y vino a estabilizarse frente a la Capilla de la Cruz Grande. El chofer era el Sr. Ángel Silva, de El Mamey. Por esto me pusieron preso en la Policía de Porlamar. Debe usted comprender cuál era mi estado de ánimo. ¡Era la primera vez que pisaba una prisión!.. ¡Y vivíamos en una dictadura!

Un amigo de El Tirano, el Sr. Anselmo Hernández, que tenía una empacadora de café en Porlamar, y su señora, Lucía Sifontes de Hernández, se encargaron de mi problema. Me llevaban comida y hablaron con el Sr. Ricardo Mendoza, hermano del diputado de la Asamblea Legislativa, Rafael Mendoza. Éste habló con el Gobernador. Lo convencieron de que todo fue un lamentable accidente, y lograron que me soltaran. Estuve tres días preso.

Por cierto que de ese incidente recuerdo que ese día metieron preso a varios periodistas extranjeros: un argentino, un chileno, un peruano y un uruguayo. Nunca supe por qué, pero ellos venían a cubrir la información de la inauguración del Hotel Bellavista.

De esta familia Hernández estuve —y estoy—altamente agradecido. No sé qué hubiera sido de mí sin su intervención. Cultivamos luego una gran amistad. Soy padrino de dos de sus nietos, y con todos ellos —incluyendo a Andrés Hernández—dentista sin título, conservo lazos muy intensos de fraternidad.

El otro problema fue más triste aún. Una persona, por problemas de trabajo, me tiró su carro encima. Perdóneme, de esto no quisiera hablar. He perdonado a la persona que lo hizo, y he olvidado el incidente. Eso sí, lo acusé de su intento de homicidio delante de varios de sus amigos, y él no tuvo defensa. Creo que él se arrepintió. Por eso me siento satisfecho, y por el hecho de tampoco guardarle rencor.

Cuatro viajes a Molfetta

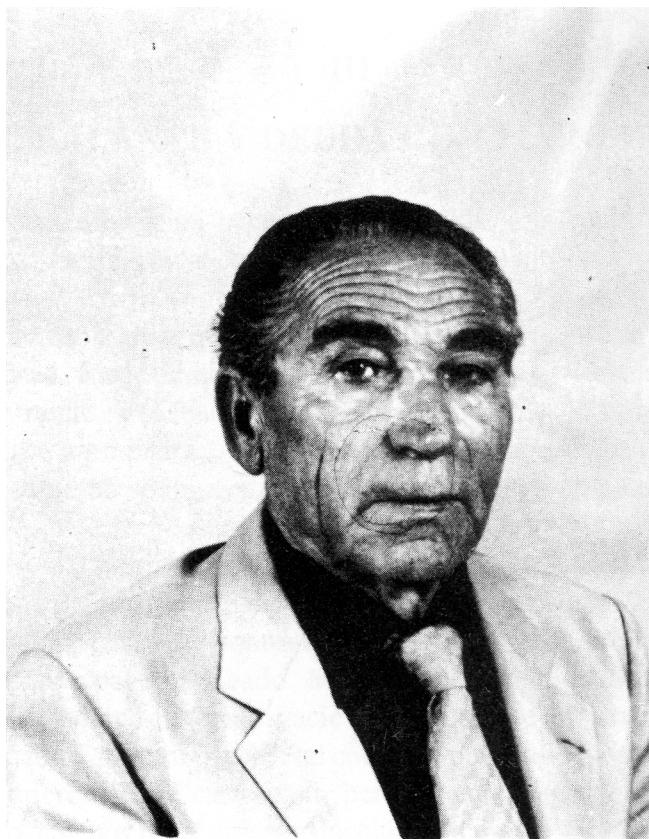
Me sentía tan contento de haber encontrado en mi vida a una mujer como Jesusita que tenía deseos de que mis padres la conocieran. Por ello, en la primera oportunidad que se me presentó, hice un viaje de esos que se pagan por cuotas. Le encargué mi trabajo a mi cuñado, Jesús María Sanabria, y en la temporada de verano de 1967 la llevé a Italia. Además de mi cometido, hicimos un viaje de turismo. Y por otra parte, aprovechamos el viaje para someter a Jesusita a exámenes de fertilidad, pues no habíamos logrado concebir un hijo. Estuvimos tres meses. Mis padres se sintieron muy contentos con mi elección matrimonial.

Regresamos a Molfetta en 1973. El motivo de este viaje fue para que mis viejos conocieran a nuestro hijo.

Hubo un tercer viaje, de emergencia, en noviembre de 1979, por una gravedad que tuvo mamá. Recuerdo que cuando mamá me vio, le dijo a los demás que “su mejor doctor” había llegado. Y así fue efectivamente. Mamá se recuperó rápidamente.

Dolorosamente, cuando mamá murió, el 15 de abril de 1980, ¡no pude ir a verla...!

Y recientemente, en 1988, regresé a Molfetta a ver a papá, de edad muy avanzada... Me atendió el negocio un cliente ¡a quien le estaba haciendo una quinta en Porlamar! El buen amigo, natural de Cerdeña, Ignacio Vargiu... Le estoy muy agradecido por haberme animado a ir, y por haber asumido los dolores de cabeza de mi trabajo...



“Aquí me hice hombre, en base al trabajo, al amor, a la amistad, al servicio...”

III

MI BALANCE Y DEUDA CON MARGARITA

Puedo resumir mi balance con este Isla, a la cual tomé como Segunda Patria Chica, con lo siguiente:

Encontré una gente que, como en Molfetta, tienen un alto sentido de la amistad. Me lo demostraron muchísimas veces. Aún me lo siguen demostrando. Me tendieron la mano cuando más lo necesité, se la tendieron a mi padre... Cuento con verdaderos amigos. Estas son deudas que no se pueden pagar sino con afecto, con amistad, con amor...

Hice realidad mis sueños de niño. Cuando era niño, jugaba a ser albañil. Una vez “contraté” a niños de mi edad, prometiéndoles que les iba a pagar el sábado. Me tomé mi compromiso tan en serio, que cuando llegó el sábado, vacié una alcancía de mi hermana, y cada “trabajador” tuvo su “paga”, tal como les prometí. Por supuesto, me descubrieron y me castigaron, pero fue un juego delicioso. Mi trabajo, aún hoy día, es mi satisfacción. Ya más grande, soñé con ser arquitecto. La vida no me permitió lograrlo; pero me siento realizado cuando construyo una casa. Trabajo con amor, sintiéndome como si yo fuera el que va a vivir en esa casa que construyo. Me siento con la responsabilidad de que mi cliente sepa en qué está invirtiendo su dinero...

Aquí me hice un hombre, en base al trabajo, al amor, a la amistad, al servicio, y en el aprender a hacerle frente a las dificultades que me deparó la vida... y a las que pude hacerle frente, con la cara en alto...

Aquí conseguí a la mujer a quien hice mi esposa. A ella le estoy agradecido por compartir conmigo las buenas y las malas situaciones... por haberme ayudado tanto... y por haber sido tolerante con mis defectos...

Aquí sembré a mis hijos, a Domingo Jesús, hijo único en el matrimonio; a Leo José, a Aurora y Antonio.

Aquí he encontrado trabajadores que me entendieron en mi forma de trabajo. Entre ellos hay quienes han estado conmigo hasta por tres décadas: Cándido Velásquez (32 años), Tomás González (30 años), Dámaso Rojas, ya jubilado (30 años), Oscar López (30 años), jubilado también; Tiburcio Campos (30 años), José Noriega, Esteban Gómez, y a otros tantos, que me perdonen el no nombrarlos, porque en este momento se me van de la memoria.

Y de lo que más me enorgullezco es de la cantidad de casas que albergan a tanto hogares, con quienes me unen vínculos de amistad. ¡He construido más de 1.600 casas aquí en Margarita! Es decir, estoy asociado a más de mil seiscientos matrimonios que me recuerdan en el momento en que piensen el empeño que pusieron para hacer sus casas...

Una gran mayoría de esas casas están en La Asunción; pero no hay lugar en la Isla donde no haya alguna cosa u otra edificación en la cual yo no haya puesto mis manos.

“Hijo Adoptivo de La Asunción”

En secreto me había considerado hijo adoptivo de La Asunción desde hacía ya muchos años. Pero el hecho de que lo haya sido por disposición del Ilustre Concejo Municipal del Distrito Arismendi me tomó de sorpresa y me honra en lo más profundo de mi corazón. Es una inmensa e íntima felicidad el que se me haya tomado en cuenta para eso. Confieso que nunca pasó por mi mente que esto llegara a pasar. Esto acaba de unirne más a esta ciudad. Les estoy altamente agradecido a las personas que sometieron mi humilde nombre a tan alta distinción, y a los miembros del Concejo por aceptarlo. La Asunción está en mi corazón, y unida a mi destino...

Por todo ello, el balance de mi vida con este pueblo ¡es de deuda!, de cualquier modo como lo vea. Deuda de gratitud: ¿Cómo se puede recompensar el cariño, la amistad, la oportunidad ofrecida para me realizara como persona, como esposo, como padre, y ahora como Hijo Adoptivo de este pueblo?

IV

MOLFETTA Y VENEZUELA PARA LA ÉPOCA

Como casi todas las ciudades de Italia, Molfetta tiene un Centro Ítalo-Venezolano. Pero Molfetta, en cuanto a sus relaciones Venezuela y con todos los países que le tendieron la mano a sus hijos en un momento desesperado, es un caso muy especial en la expresión de esa gratitud. Una asociación civil, privada, se ha dado a la tarea de ubicar a los molfettenses que partieron, como Domingo, en busca de esperanza, abriéndose horizontes: es la Asociación de Emigrantes Molfettenses en el Mundo. Hasta hoy han censado, y hecho miembros de la Asociación, ¡a más de 10.000!, nos informa Domingo.

El hogar Ítalo-Venezolano de Molfetta muestra con orgullo en su interior una estatua del Libertador Simón Bolívar, obra de un artista del pueblo. En sus paredes, una galería de todos los Presidentes de Venezuela. Una vía lleva el nombre de Simón Bolívar. Y adyacente al Monumento al Soldado Desconocido, un busto del Libertador sirve de sitio para la reflexión a más de un molfettense ya anciano que puso su juventud, su arte y su razón de ser en luchar al servicio de la Patria del Libertador. Y esto no constituye un hecho aislado.

Domingo, en una visita que hizo a Molfetta en 1988 para ver a su padre, tuvo la oportunidad, el 8 de septiembre de ese año, en las festividades del la Virgen, de ver el festival pirotécnico que tradicionalmente programan los molfettenses en fecha tan especial. ¡Cuál no sería la sorpresa de Domingo, que el último globo, una obra de arte popular, portaba una efigie de Simón Bolívar, las banderas de Venezuela e Italia y una identificación: Asociación Ítalo-Venezolana! Nos informa Domingo que todo este fervor binacional es capitaneado por un agradecido de Venezuela: Mauro Amato, un constructor de Molfetta que le fue muy bien en Venezuela, regresó a Italia y allá siguió teniendo éxito en el campo de la construcción.

Los contactos de estas asociaciones con Venezuela son periódicos. A menudo son visitadas oficialmente por representantes del Gobierno venezolano. El busto de El Libertador en la plaza pública que mencionamos fue develada por Pepi Montes de Oca. En 1989 fueron visitados por el Embajador Sucre Figarella.

En 1987, la Asociación de Emigrantes Molfettense en el Mundo vino a Venezuela y visitaron al Presidente de la República. La comisión estuvo integrada por los señores Antonio Caputi, Sergio Germinario y su esposa, Sra Erminia Valerio de Germinario – natural de Barquisimeto, y estudiante de oftalmología para la época. Por supuesto, visitaron a Domingo aquí en Margarita. Las gratas impresiones de ese viaje fueron plasmadas en un libro escrito por Giuseppe de Candia **Dove le Ombre si Allugano**, Donde las Sombras se Alargan. Un capítulo está dedicado a Margarita.

Es lógico pensar que ya Domingo no tiene el conflicto de algunos venezolanos naturalizados. El haber cortado de raíz el cordón umbilical con la tierra madre, y el

ocasional dolor del llamado anhelante de los orígenes. Domingo ya es un margariteño que se siente querido de nosotros... y los nuevos habitantes de Molfetta ya no hablan de un lejano Domingo, perdido, albañil como su padre, que salió en busca del sol. Ya lo han encontrado, y saben que en la tierra que lo adoptó ha puesto en alto el gentilicio molfettense, y que esta tierra, en reconocimiento a ello lo ha honrado haciéndolo Hijo Adoptivo de La Asunción... Molfetta se siente feliz. Margarita ganó un hijo. Y Domingo, también feliz, sólo hace un alto para dejar correr en su curtido rostro una lágrima de júbilo... y sigue construyendo templos para los hogares margariteños.

El acuerdo del Concejo Municipal del Municipio Arismendi, llamado anteriormente Distrito Arismendi es el siguiente:

REPUBLICA DE VENEZUELA
ESTADO NUEVA ESPARTA
EL CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO ARISMENDI

En uso de sus atribuciones legales,

CONSIDERANDO

Que el próximo 27 de Noviembre del año en curso se cumple el 386 Aniversario de habersele otorgado a la Ciudad de La Asunción, capital del Estado Nueva Esparta, su Título de Ciudad y Escudo de Armas, según Cédula Real del Siglo XVII.

CONSIDERANDO

Que el proceso histórico vivido por Venezuela para el logro de su independencia política, la Ciudad de La Asunción jugó papel de Primer Orden, situándola en sitio de honor.

CONSIDERANDO

Que en el transcurso del tiempo, muchas personalidades oriundas de nuestro Distrito y venidas de otras Jurisdicciones, han contribuido con su desarrollo, haciéndolos merecedores de nuestro reconocimiento, y

CONSIDERANDO

Que es obligación de esta Municipalidad exaltar los hechos que nos han dado vigencia como Pueblo.

ACUERDA

Artículo 1º. Se declara Día de Júbilo no laborable en toda la Jurisdicción del Distrito Arismendi, el próximo 27 de Noviembre del año en curso.

Artículo 2º. Celebrar una Sesión Solemne el próximo 27 a las 10 a.m. para conmemorar el 386 Aniversario de habersele conferido a La Asunción su título de Ciudad y Escudo de Armas, designándose como Orador de Orden al Distinguido Asuntito, Prof. Pedro Ramón Marcano Rivera.

Artículo 3º. Imponer la Condecoración Orden “Ciudad de La Asunción”, en su única clase, a los distinguidos ciudadanos: Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa y Prof. Morel Rodríguez Ávila, así mismo, se declaran Hijos Adoptivos del Distrito Arismendi a los Ciudadanos: Dr. Raimundo Verde Rojas, Carmen Verde Rojas, Domingo Gadaleta y José Joaquín Salazar Franco. En este mismo acto se le tributará un reconocimiento a la Ciudadana Elena de Rivera.

Artículo 4º. Exhortar a las instituciones Culturales, Sociales y Educativas para que participen en los actos que se programen, para el mayor realce de tan magna conmemoración.

Artículo 5º. Darle la mayor publicidad.

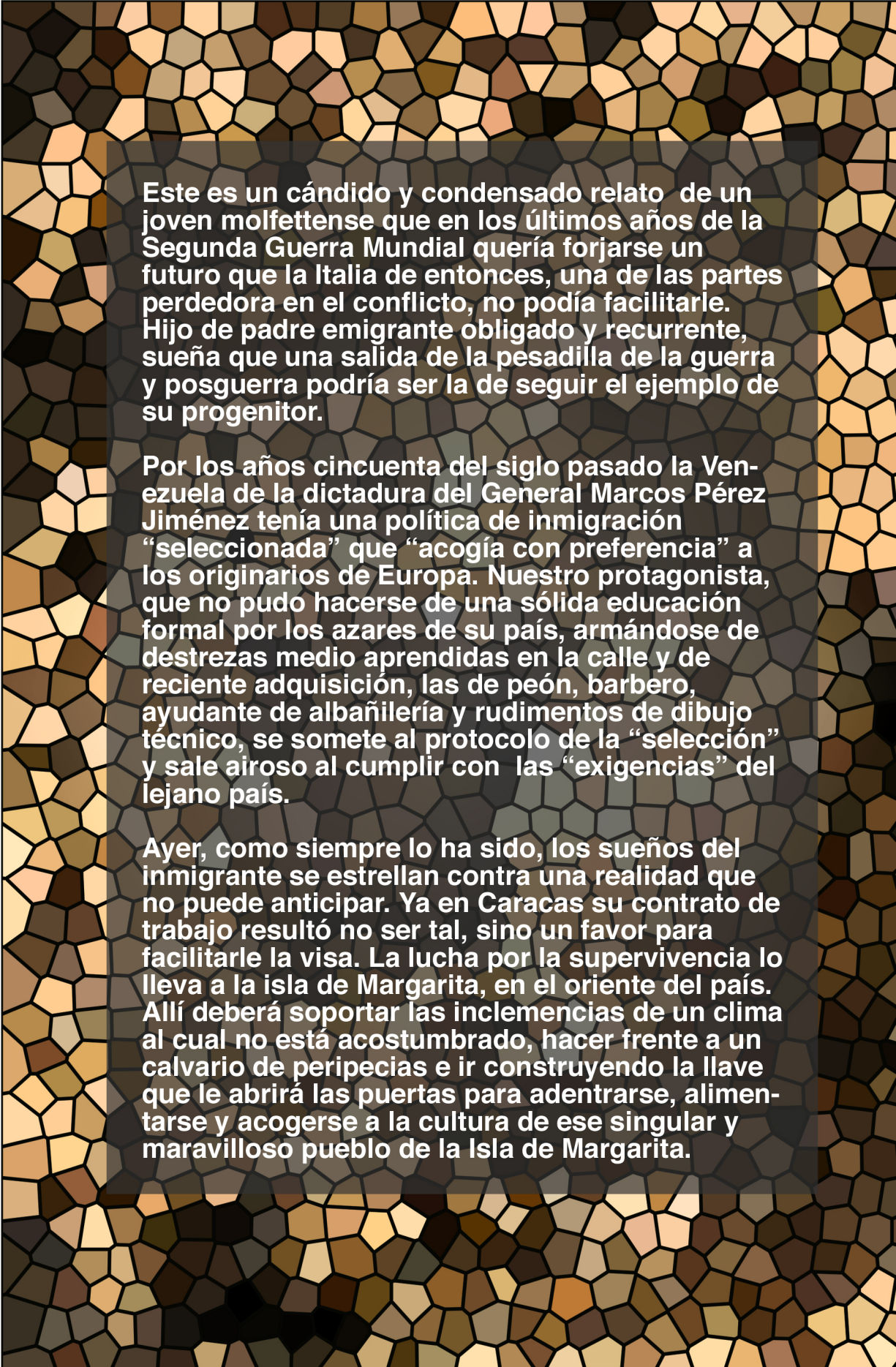
Dado, firmado, sellado y refrendado en el Salón de Sesiones del Concejo Municipal del Distrito Arismendi del Estado Nueva Esparta, a los veintidós días del mes de octubre de mil novecientos ochenta y seis. Años 176º de la Independencia y 127º de la Federación.

El Presidente del Concejo
(L.S.)

Luis Beltrán Rondón

Refrendado
El Secretario

Ramón Narváez Tenías



Este es un cándido y condensado relato de un joven molfettense que en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial quería forjarse un futuro que la Italia de entonces, una de las partes perdedora en el conflicto, no podía facilitarle. Hijo de padre emigrante obligado y recurrente, sueña que una salida de la pesadilla de la guerra y posguerra podría ser la de seguir el ejemplo de su progenitor.

Por los años cincuenta del siglo pasado la Venezuela de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez tenía una política de inmigración “seleccionada” que “acogía con preferencia” a los originarios de Europa. Nuestro protagonista, que no pudo hacerse de una sólida educación formal por los azares de su país, armándose de destrezas medio aprendidas en la calle y de reciente adquisición, las de peón, barbero, ayudante de albañilería y rudimentos de dibujo técnico, se somete al protocolo de la “selección” y sale airoso al cumplir con las “exigencias” del lejano país.

Ayer, como siempre lo ha sido, los sueños del inmigrante se estrellan contra una realidad que no puede anticipar. Ya en Caracas su contrato de trabajo resultó no ser tal, sino un favor para facilitarle la visa. La lucha por la supervivencia lo lleva a la isla de Margarita, en el oriente del país. Allí deberá soportar las inclemencias de un clima al cual no está acostumbrado, hacer frente a un calvario de peripecias e ir construyendo la llave que le abrirá las puertas para adentrarse, alimentarse y acogerse a la cultura de ese singular y maravilloso pueblo de la Isla de Margarita.